

Parte onekoa baiz itz ei zak eta bestela beriz zazpi destatur aldeizak (=¿Qué se te ofrece? Si eres de buena parte, habla y si no, apártate siete estadios).

El día del aniversario de la defunción, la familia del finado manda celebrar una misa a la cual asisten las mujeres de la vecindad. A estas se les obsequia después con un poco de aguardiente.

Cementerio

Su nombre: «*Kanpo satue*».

Hay costumbre de encender luces en las sepulturas del cementerio el día de los fieles difuntos.

Cada familia pone su cruz en el sitio en que se halla enterrado algún miembro suyo.

JOSÉ ANDRÉS GORROCHATEGUI y JOSÉ ANTONIO ARACAMA

EN ATAUN (1)

Preparación para la muerte

El enfermo se prepara para la muerte, recibiendo el Viático (*eliza-kôk ein* =hacer los de la iglesia), cuando todavía se halla en pleno uso de sus facultades mentales. En muchos casos el mismo enfermo lo pide espontáneamente, animando a su familia con esta frase: *gauza onak ez da gaitzik* (=la buena cosa no tiene enfermedad). Cuando no lo pide el enfermo, el médico o alguno de sus familiares se lo indica, usando la misma fórmula u otra semejante. En general ningún enfermo muestra contrariedad por esto; con todo, se dan algunos casos en que el enfermo siente pereza para recibir los Sacramentos y dice que no se halla tan grave o que todavía no quiere causar a su familia las molestias que el Viático habrá de acarrearle. Estos tales suelen

(1) Mientras no se advierta otra cosa, se entenderá que se trata aquí de costumbres y creencias de la parroquia de San Gregorio.

ser los que no han recibido apenas instrucción religiosa o que no han frecuentado los Sacramentos durante su vida, o han tenido conducta moral no muy conforme a los preceptos del Decálogo. Una muerte sin Viático (no siendo repentina) es *rarisima* y causa en todo el pueblo impresión muy dolorosa. No se ha conocido ningún asesinato: pero sí muertes por accidentes de trabajo. En estos casos una de las circunstancias que más afligen a la familia del muerto suele ser la de que éste no haya podido recibir el Viático; pero se consuela si sabe que confesó y comulgó unos días antes, que había oído misa el mismo día de su muerte, etc.

Cuando uno muere después de recibir los Sacramentos, su familia se resigna con más facilidad. En tales casos se oye decir: *bé lanak ondo eñ da jüntzan benepein da* (=al menos se marchó después de haber concluido bien sus labores).

En el pueblo se ha conocido un caso de suicidio que llenó de consternación a todos.

El mismo día en que uno ha recibido el Viático y en los siguientes es visitado por sus vecinos y parientes, sobre todo por las *etxe-koandras* (señoras de casa) de su parentela (*adrerie*), de las que cada una le lleva en un cestito la *bixitea*, es decir una libra de chocolate, media de azucarillos y un litro de vino. Todas son obsequiadas desde luego con pan, vino y queso, y más tarde con un plato de tortilla que antes era costumbre comer en el mismo cuarto del enfermo. En retorno se les pone en el cesto en que trajeron la *bixitea*, dos onzas de chocolate y dos azucarillos.

A la noche del día del Viático se reúnen en la casa del enfermo los vecinos y parientes a rezar un rosario, después de lo cual se retiran.

Otra de las preocupaciones del enfermo suele ser el testamento, si antes no lo ha hecho. En él, además de la distribución de los bienes entre sus herederos, dispone muchas veces qué sufragios se han de hacer por su alma después de su muerte. Una de las disposiciones bastante frecuentes es la relativa a la celebración de las misas gregorianas (*San Gergorio mezâk* = las misas de San Gregorio).

No es raro que una persona mayor, después de recibir los Sacramentos, hallándose cercana a la muerte, llame alrededor de su lecho

a su familia y a sus vecinos y les pida perdón por todo aquello en que los haya ofendido.

Agonía

Su nombre: *Agonîe*; *atzenetan con* (=hallarse en los últimos).

Moribundo = *erioa*. Así, se dice: *eriök begîk argi* (el moribundo los ojos vivos).

Cuando una persona se halla en este trance, le asiste generalmente un sacerdote, a no ser que se trate de enfermedad tan repentina que no haya dado tiempo a que fuese aquél avisado. Se reúnen, además, en su habitación los familiares del moribundo y los vecinos, los cuales contestan las letanías que el sacerdote reza al hacer la recomendación del alma, o si aquél no se halla presente, rezan de rodillas el rosario y la letanía de Nuestra Señora, ayudan al enfermo a recitar algunas jaculatorias, etc.

En la iglesia tocan pausadamente treinta y tres campanadas (= *agonîkoa*) para que los feligreses encomienden a Dios el alma del enfermo.

Alguna vez se ha oído que una persona ha estado largo tiempo en estado agónico porque alguien la ha maldecido y *tiene dentro las maldiciones* (= *birauek*). En tales casos, el remedio es que la persona maldiciente se presente delante del enfermo y le otorgue su perdón, o que un sacerdote le lea los exorcismos (*Ebanjeliok atâ* = sacar los Evangelios). También se oye decir que aquella persona que ha estado enemistada con otra, no muere mientras no obtenga el perdón de ésta.

Se conocen casos en que se ha quemado una vela con el fin de que al mismo tiempo muera la persona a quien se desea este mal; o en que se ha torcido una moneda y echado en el cepo de las ánimas para conseguir que se encorve el cuerpo de algún enemigo o malhechor. (1)

Hoy estas creencias mágicas apenas subsisten. Sólo se conserva el recuerdo de algunos hechos inspirados en ellas y de que antes

(1) Puede verse sobre esto mi trabajo «*Fragments folkloriques—Paletnografía Vasca*», págs. 12 y 13. San Sebastián, 1923.

eran muy frecuentes. Este cambio lo atribuyen a que la instrucción religiosa es hoy más completa que hace cuarenta años.

Muerte

Su nombre: *eriotzea*. Morir = *il, kastau*. (1)

Es frecuente oír, particularmente a las mujeres, que nadie muere sin ver a los demonios.

Dícese que, al morir, siente una impresión tan dolorosa como si una yunta de bueyes (= *uztar idi bai*) atravesara su garganta.

Existe la creencia de que, cuando fallece un anciano, luego muere algún niño (*aingerue* = ángel) que va a hacerle compañía.

A veces se oye decir que cuando mueren dos de una familia dentro de un mismo año, luego muere otro tercero.

También se dice que dentro del año después de haber concluido la construcción de una casa, muere alguno de la familia que la habita.

Después de la muerte

Ocurrida la muerte, encienden en la habitación del difunto una vela bendecida el día de la Candelaria.

En la iglesia tocan a muerto (*ilkanpaia*), como en Kortezubi.

Cierran al cadáver los ojos y la boca. Lo lavan con una infusión de yerbas y flores recogidas y bendecidas el día de San Juan.

Si en la fachada de la casa mortuoria hay escudo de armas propio de la familia del difunto, es costumbre taparlo con un paño negro.

Es también cosa que practican muchos el anunciar la muerte de una persona a las abejas que posee su familia. Para hacerlo va uno al colmenar, golpea con la mano la tapa de una colmena y reza un

(1) Si se trata de culebras, sapos y otros animales que se conceptúan dañinos, se usa la palabra *akatu* para expresar su muerte. De las abejas y asnos, que son considerados como animales benditos, no se debe decir *akatu*, sino *il* como de las personas; y si bien la generación actual se muestra desaprensiva en este punto, todavía hay ancianos que no toleran se quebrante la tradición. De las vacas, ovejas y otros animales útiles se dice *galdu* (lit.: perderse), sobre todo si se trata de muerte causada por algún accidente.

Padre nuestro. Repite la operación en las demás colmenas. Haciéndolo así, las abejas producen doble cantidad de cera aquel año para que arda en sufragio del difunto; y no haciéndolo, mueren todas dentro del año. Tal dicen que ocurrió en *Urutsua*, por haber descuidado esta práctica cuando murió una mujer de aquel caserío.

Amortajamiento

Se usa la palabra *bestitu* en significación de amortajar: sólo se usa en este caso, pues vestir es *jantzi*.

Nombre del cadáver: *gorputze* (cuerpo).

El cadáver es amortajado con traje negro de fiesta, o con hábito de alguna orden o congregación religiosa.

No hay personas designadas para esta operación; pero en general, son las mujeres las que la ejecutan. Amortajado el cadáver, antes (hará unos 20 años) era costumbre tenderlo en el suelo sobre un colchón, apoyando la cabeza en una almohada; más tarde se introdujo la de colocarlo sobre una mesa, y hoy lo tienden sobre una cama. Le ponen las manos cruzadas sobre el pecho y una cruz en ellas. Las personas que van a verlo, se acercan a él, y trazando cruces con la mano derecha sobre su cara, manos y pies, lo besan (*=muñ egin*) en estas tres partes. A la media noche los cuatro mozos que lo han de conducir (*=iloizale*) a la iglesia y al cementerio, lo introducen en el ataúd (*=iloia*) que suele ser una caja de madera de forma trapezoidal forrada de tela, negra o blanca, según que el difunto sea casado o soltero.

Durante la noche tiene lugar el

Velatorio

Los parientes y los vecinos se juntan en la casa mortuoria, donde todos rezan un rosario, dirigiéndolo la persona más devota de la concurrencia, y después pasan el rato conversando de cosas, muchas veces poco relacionadas con el difunto y que frecuentemente terminan en risas y juegos, de lo cual se oye protestar a los ancianos.

Conducción del cadáver

Hacia la madrugada vuelven los mozos encargados de conducir el cadáver.

Su nombre es *iloizale* (=el de la cama mortuoria).

Hoy no se usan andas ni angarillas para esto. Las angarillas sirven para trasladar a su casa a los heridos o muertos por accidentes de trabajo. En caso necesario las improvisan con escaleras de mano. El féretro se llama *iloia* (=cama mortuoria).

Dicen que el cadáver de la persona que ha tenido costumbre de dar limosna al mendigo por una ventana o por encima de la hoja inferior de la puerta, no puede ser sacado, si no es por el mismo sitio por donde alargaba la limosna al pobre.

Hay caminos señalados para la conducción. Su nombre es: *gorputzbide* (=camino de los cadáveres). Antes conducían por tales caminos a los cadáveres. Conozco un caso en que por haber ido por otro camino los conductores de una difunta, les salió al encuentro el hermano de ésta para reprenderles su falta. Hoy apenas se hace caso de ellos en las conducciones; se va por el camino más corto y más cómodo. Pero cuando se trata de repararlos, es costumbre invitar a que tomen parte en los trabajos a aquellas familias cuyos difuntos eran llevados por ellos en otro tiempo, aunque no los pisen ahora.

El cadáver es conducido con los pies delante y la cabeza detrás. A esto alude aquella frase: *Etsan bê etæti irten geiao, ankâz aútea atâ zoen arte* (=Más no salió de su casa hasta que lo sacaron con los pies delante).

Cortejo fúnebre

Su nombre: *seizioa*.

Detrás del féretro y del cura que lo acompaña va el vecino de la casa más próxima a la mortuoria de entre las que haya en el *gorputzbide* o camino de los cadáveres (*urungo atekoa* =el de la puerta próxima). Le siguen otros vecinos formando una fila, y por fin los parientes, siendo el último el más allegado del difunto. Antes (hace 20 años) todos los hombres del cortejo fúnebre vestían capa, de lo

cual proviene su nombre *kapazale* (=el de la capa): ahora se ha introducido la costumbre de asistir con traje ordinario de fiesta.

Detrás de los hombres suele ir una muchacha, también de la casa más vecina de las que hay en el *gorputzbide*, la cual lleva en la cabeza una cesta con panes de ofrenda y candelilla, por lo cual se llama *zesterazalea* (=la de la cesta). A continuación van las demás mujeres, en grupos, vestidas de negro. Antes las parientas más próximas del difunto llevaban al cuello un pañuelo negro. Todas van provistas de manojos de cerilla o candelilla en espiral (=eskuloa) que, una vez en la iglesia, depositan en la sepultura de la casa del difunto, donde la *zesterazalea* cuida de encenderlos y de atizarlos.

No va en la conducción, ni asiste al funeral ninguno de la familia del muerto.

Llegado el *seizio* o cortejo fúnebre, al pórtico de la iglesia, colocan allí sobre una mesa el ataúd, de modo que el cadáver mire hacia el altar mayor. Rezado el responso, entran todos en la iglesia, donde tiene lugar la función del entierro, en la cual se celebra según el Ritual.

Los hombres del *seizio* se colocan en los bancos de la izquierda, empezando desde el segundo, y las mujeres detrás de los bancos, en las *sepulturas*. (1)

La tradición nos ha conservado el recuerdo de que en otro tiempo asistían a la conducción del cadáver y al entierro unas mujeres (plañideras) que tenían oficio de llorar y publicar en alta voz las buenas acciones y cualidades del difunto. Su nombre era *aldizalék*. Cuando se habla de ellas es frecuente oír esta frase: *alidiák eitea jüte ementzien* (=iban a hacer las *aldias* [llantos? elogios?]). Añádese que antes las tales plañideras solían ser del mismo pueblo de Ataun; pero que en los últimos tiempos era costumbre traerlas del vecino valle de *Burunda* (Navarra). ¿Cuándo ocurría esto? Mi comunicante decía que su abuela, que alcanzó el tiempo de la guerra de la independencia (*prantzestea* =la época de los franceses), no conoció el de las plañideras.

(1) Se llama *sepultura*, como ya se ha indicado al tratar de otros pueblos, el tramo del pavimento de la iglesia que está asignado a cada casa en la parroquia.

Funerales

Es costumbre quemar durante el oficio de entierro el jergón de paja de la cama del finado en el camino de la iglesia (= *elizbide*) cerca de la casa mortuoria.

Hay funerales de tres clases: de cofradía entera (= *kopradiosokoa*), de media cofradía (= *kopradierdikoa*) y de párvulo (= *aingerulegea*).

En el entierro de «cofradía entera» se celebra una misa solemne con las preces, responsorios, etc., que prescribe el Ritual. La oración y la absolución de después de la misa exequial se cantan en el pórtico junto al féretro. Después los asistentes vuelven a sus casas, mientras un sacerdote con un monaguillo acompaña al féretro hasta el cementerio.

En el primer día hábil tienen lugar las dos funciones que llaman *onrák* (= honras), las cuales se celebran, una después de otra, con el canto de Nocturnos, dos misas solemnes (de *Requie* la primera) y absolución en la *sepultura*. También este día se forma el *seizio* en la casa mortuoria, y se dirige a la iglesia en el mismo orden en que lo hace el día del entierro. En el *seizio* de las *honras* toman parte los miembros de la familia del difunto. Antes la *burungari* (= la que está al frente de la [casa]) vestía en tales casos un paño blanco llamado *estalkileparea* que, cubriendo la cabeza, venía a cruzar las puntas en el cuello, y encima una mantilla negra.

Cuando el funeral es de «media cofradía», las funciones son las mismas que en la «cofradía entera»; pero las misas, aunque cantadas, no son diaconadas.

En el funeral de párvulo se procede según el Ritual.

Antes (hasta el tiempo de la última guerra civil) el *seizio* iba a la iglesia a oír misa durante nueve días después del entierro. En los dos últimos días del novenario tenían lugar las *honras*, una cada día. Hoy sólo asiste alguno de los familiares del difunto, el cual suele encender las luces de la sepultura durante la misa en los nueve días, y saca responsos en sufragio de su alma.

Ofrendas

El día del entierro la *zesterazale* lleva en una cesta cuatro panes

de a cuatro libras si el funeral es de «cofradía entera», y tres y medio si es de «media cofradía», todos cubiertos con un velo negro con el que después, durante un año, cubren la *sepultura*. Sobre el velo lleva una *argizaikajea* y candelilla, de dos varas próximamente de larga, doblada y retorcida. Deja la cesta con los panes junto a la sepultura, tiende en ésta el velo y coloca encima la *argizaikajea* (que alumbrará al alma del finado en las funciones de la iglesia durante todo el año) junto a la otra que arde siempre, durante las mismas funciones, por todos los difuntos de la familia. Fija en un costado del hachero (con cuatro hachas o dos, según la clase del funeral), que se halla en el pórtico junto al féretro, la mencionada candelilla doblada y retorcida que arderá por sus dos extremos hasta el momento del Ofertorio de la misa. Llegado este momento, la serora recoge la candelilla, la coloca en la cesta de los panes y lleva todo a la parte delantera de las sepulturas y allí lo deposita en otra cesta y besa al mismo tiempo la estola de un sacerdote que baja del presbiterio a recibir la ofrenda.

En los siete días siguientes al del entierro se llevan a la *sepultura* y de allí al sitio de la ofrenda dos libras de pan cada vez.

En las dos *honras* (que completan el novenario) se ofrendan cinco panes y medio de a cuatro libras cada vez, si el funeral es de «cofradía entera», y cuatro si es de «media cofradía».

El domingo siguiente al de la terminación del novenario recibe el nombre de *ogi astea* (=comienzo del pan). A contar de este día todos los domingos del año, cuando el funeral es de «cofradía entera», se llevan a la sepultura para la hora de la misa conventual un pan de cuatro libras y un panecillo de libra de los de tres picos, llamado *olatea*. Si en la semana ocurriere alguna fiesta o media fiesta, el panecillo se reserva para ofrendarla ese día; si ocurrieren dos fiestas, se ofrenda un panecillo en cada una.

Cuando el funeral es de «media cofradía», se llevan dos libras de pan cada domingo, y si ocurriere dentro de la semana alguna fiesta o media fiesta, se reserva para ese día un panecillo de media libra.

Estos panes los coloca una mujer de la familia del finado en la sepultura de su casa y los cubre con el velo negro que permanece allí todo el año, o como dicen, *elizkizune daukén arte* (=mientras tienen obligación con la iglesia).

Al llegar al Ofertorio de la misa, los descubre y se los entrega a la serora la cual los lleva a ofrendar.

Cuando el entierro es de párvulo se ofrendan dos panes de a cuatro libras. En la *honrilla* que se celebra el día siguiente se llevan seis libras, y el domingo siguiente un pan de cuatro libras.

Aniversario

El domingo anterior al en que se celebra el cabo de año tiene lugar lo que se llama *beinkamezea*: se celebra una misa, la cual antes (hace unos 18 años) solía ser cantada por el sacristán.

El cabo de año recibe el nombre de *mezea* (=misa). Tiene lugar el domingo, aniversario del *Ogi aste* de que he hecho mención arriba. Se celebra una misa en sufragio del alma del finado y asiste el *seizio* a la misa mayor y a las vísperas. Ese día todo el *seizio* come en la casa mortuoria y después de comer reza por el difunto.

Ofrendas

El domingo en que se celebra el cabo de año, la *zesterazale* lleva en la cesta tres panes de a cuatro libras y diez *olatek* de a media libra, cubiertos con una prenda blanca hecha de punto que llaman *pruterea*, y la serora sesenta y seis *olate* y otros tantos manojos (= *eskuiilo*) de candelilla que distribuye entre las sepulturas de la iglesia: esto cuando el funeral es de «cofradía entera». Cuando es de «media cofradía», la *zesterazale* lleva tres panes de a cuatro libras y diez *olate* de a media libra como en el de «cofradía entera»; pero la serora coloca sólo cuarenta y seis *olate* y manojos de candelilla en otras tantas sepulturas. Todos estos panes los recoge la serora en el momento del Ofertorio de la misa mayor y los lleva a ofrendar.

Respensos

Los sacan en la casa mortuoria todos los que asisten a ella para tomar parte en el acompañamiento fúnebre, siendo los primeros los cuatro *iloizalek*: deposita cada uno una moneda de cinco céntimos en

el bonete del sacerdote mientras éste reza un responso. Hay quienes salen al encuentro del cortejo fúnebre y entregan en el camino al sacerdote estipendios para rezar respuestas.

Durante las *honras* las personas del *seizio* entregan estipendios a la *zesterazale*, la cual, después de la función, va depositándolos en el bonete del sacerdote, uno por cada responso que éste rece en la sepultura de la casa del finado.

Todos los domingos durante un año reza el sacerdote respuestas en la sepultura; en particular el día de ánimas, en el cabo de año y el día del santo del finado, encarga la familia de éste se recen muchos. Gran parte de las familias de la parroquia se corresponden mutuamente dándose estipendios para respuestas en sufragio de las almas de sus respectivos difuntos.

La mujer recién casada suele sacar respuestas en la *sepultura* de su nueva familia el primer domingo después de su casamiento y lleva también estipendios para respuestas juntamente con *eskuilòk* de candelilla a las *sepulturas* de los parientes (1).

Luces

Durante el oficio del entierro arden junto al féretro en un hachero (= *aboa*) cuatro o dos hachas, según la clase del funeral que se celebre, y la mencionada candelilla doblada. Entre tanto en la sepultura de la casa del finado, arden las dos *argizakajâk* de que se ha hecho mención arriba y muchos manojitos de cerilla (= *eskuilò*) arrollada en espiral. En lo restante del año el hachero suele estar en la *sepultura*; pero después de las *honras* nunca arden en él más que dos hachas. También en las *honras* se lleva la candelilla doblada y retorcida, la cual, fijada en un costado del hachero, arde hasta el Ofertorio: entonces se apaga y se ofrenda con los panes.

En muchos domingos y fiestas del año arden, además de las *argizakajâk* y las dos hachas, varios *eskuilò*, bien de la familia del difunto, bien de otras personas de la parroquia que de ese modo corresponden a los afectos de amistad y parentesco.

(1) Esta costumbre de hacer sufragios por los difuntos de sus nuevas familias la observan también en Eibar los recién casados.

Es creencia bastante extendida que con tales luces se alumbró el alma (*animâi argi eiñ* = alumbrar a las almas). Por eso se oye decir *lastôkiñ beraik é, argi eiteko esate emendoia animâk* (=que se les alumbró, aunque sea con paja, dicen las almas).

Sepultura

He dicho más arriba que cada casa de la parroquia tiene en la iglesia su *sepultura*, la cual es un tramo del pavimento de la misma iglesia. El tal «tramo» es tenido como verdadera sepultura familiar, aunque hoy no se entierre en él a ninguno. Cada familia enciende en su *sepultura* luces a sus antepasados y saca responsos en sufragio de sus almas. Cuando el oficio no es de cuerpo presente, la *sepultura* hace de túmulo y en ella canta el clero la *absolución* y demás preces de después de la misa exequial. Dos tercios de la planta de la iglesia (la parte de atrás) están ocupados por tales sepulturas. En ellas se colocan las mujeres: antes no tenían éstas más asiento que el suelo; pero desde hace unos 15 años se ha generalizado el uso de sillas y hoy apenas queda una sepultura sin su correspondiente silla. En cada sepultura arde durante las funciones de iglesia candelilla arrollada en una tablita de madera cuadrada, que se apoya sobre cuatro patas. A este objeto llaman *argizaikajea* (=la caja de cera), nombre que le proviene de que antes solía ser verdadera caja hueca de madera, sustentada también por cuatro patitas. Antes todavía que estas cajas, se usaban unas tablitas alargadas con calados y adornos diversos con su mango en un extremo; las llamaban *argizaiôlak* (=tablas de cera) por la candelilla de cera que se arrollaba alrededor de ellas. Hace veinte años se veían aún varias en la iglesia.

En muchas de las *sepulturas* de la iglesia de San Gregorio debieron ser enterrados en otro tiempo los cadáveres, como nos lo revelan los huesos humanos descubiertos cuando en alguna ocasión ha sido removido su subsuelo. Lo mismo ha ocurrido en las de la iglesia de San Martín y aun en sus alrededores, fuera de la iglesia. Pero sabemos también que ni en buena parte de las *sepulturas* de San Gregorio (las correspondientes a la parte nueva), ni tampoco en las de la iglesia actual parroquial de Aya (de reciente construcción) ha sido enterrado un sólo

cadáver; con todo reciben nombre de sepulturas, y están asignadas a diferentes casas de sus respectivas parroquias: sólo son sepulturas para los efectos de encender luces a los antepasados, de tener en ellas las ofrendas hasta el Ofertorio de la misa, de sacar responsos en sufragio de las almas de los difuntos y de servir de túmulo en los funerales de cuerpo no presente.

Cuando una familia desea adquirir una *sepultura*, ha de pagar para la fábrica de la iglesia un tanto (12 pts. se pagaba en San Gregorio hace treinta años).

Cementerio

Su nombre: *kampo santue* (=campo santo).

No hay costumbre de poner cruces ni otras señales que indiquen el lugar donde se halla enterrada una persona, ni hay sepulcros familiares. Cuando muere un feligrés, el sacristán u otro encargado por él, excava una fosa en un sitio en que se sabe que hace largo tiempo no ha sido inhumado ninguno y en ella es introducido el cadáver en su ataúd y luego es tapado con tierra.

Es rarísima la persona que, al pasar delante del cementerio, no rece un *Padre nuestro* por las almas de los difuntos.

Alguna vez se oye decir que no se pueden dar tres vueltas alrededor del cementerio.

Conmemoración de los difuntos

De un modo especial encomiendan a Dios este día las almas de sus antepasados, ya sea mandando celebrar misas, o ya sacando responsos (esto lo hacen todas las familias) y encendiendo luces en su sepultura.

Al anochecer de Todos los Santos se retiran los hombres de las tabernas (aunque ya esto va cayendo en desuso).

Los ancianos dicen que desde que empieza a tocar la campana de ánimas la tarde de Todos los Santos, hasta las nueve de la mañana del día de Difuntos, las almas del Purgatorio se hallan fuera de este lugar de penas y andan por el mundo pidiendo sufragios.

Apariciones

El aparecido recibe el nombre de *Izugaríe*. Alguna vez he oído el nombre de *anima erratu* (=alma errante).

La creencia en los aparecidos, que hoy se halla en plena decadencia, era generalmente aceptada hace veinticinco años. Hablábase de muchos vecinos difuntos que habían aparecido a sus parientes y amigos. Las apariciones se hacían en varias formas: unos se representaban en forma de un gigantesco bulto negro, los más en forma humana vestidos con la ropa con que sus cadáveres habían sido amortajados. Algunos (los que, no habiendo sido condenados al fuego del infierno, se hallaban penando en el purgatorio) llevaban una luz en la mano.

Se refieren casos en que un golpe de viento, se ha tenido por un alma venida del infierno.

A veces se oye decir que la persona a quien se aparece un difunto muere al poco tiempo.

Los motivos de tales apariciones solían ser: la necesidad de cumplir una promesa hecha en vida, promesa que sólo un vivo puede cumplir (1); la celebración de una misa en cuya falta se halla el aparecido para salvarse; ordenar le despojen del hábito religioso con que su cuerpo fué amortajado, a fin de aminorar las penas del infierno; mandar que se restituyan a su dueño los bienes que en vida adquirió indebidamente, etc. Se cuenta un caso en que un difunto apareció a un amigo suyo que no le quiso perdonar en la última hora y le hundió debajo de la tierra. El caso del transplantador del mojón de *Irumugâta* y otros pueden verse en *Eusko-Folklore*, págs. 13-20 (año II, números XVI y XVII. Vitoria 1922). El modo de despojar del hábito religioso a un aparecido es como el que dijimos de Orozko.

Dícese que los difuntos, cuyas almas se hallan en el purgatorio, aparecen sólo a aquellas personas que se hallan en gracia de Dios.

Los difuntos aparecen generalmente de noche, rara vez de día.

(1) Aunque, en general, la promesa o voto ha de ser cumplido sólo por el vivo, se citan casos en que el difunto ha acompañado a éste en su cumplimiento. En *Elantxobe* (Bizkaya), se dice que aquellos que no han visitado en vida a San Miguel de *Ereñusaré*, se ven precisados a hacerlo después de su muerte.

Las apariciones tienen lugar frecuentemente en las encrucijadas.

Al entablar la conversación con los aparecidos, hay que darles el tratamiento de *i*, no de *zu*, como si dijéramos: hay que tratarlos de *tú* nunca de *usted*.

Las primeras palabras que se dirijan a un aparecido deben ser éstas: *zazpi estatuz ez ari alde, eta auréti* (=no te acerques más de siete estadios, y [estáte] delante). Si en vez de *auréti* (=delante), se dice *atzéti* (=detrás), el aparecido monta sobre los hombros del vivo.

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN.

EN ARANO

Agonía

Durante la agonía había antes costumbre de tocar una de las campanas de la iglesia parroquial; pero hoy día no se toca. Las prácticas que se observan en la habitación del enfermo suelen ser como las citadas de Andoain. El sacerdote que se halla presente hace a su vez lo que es posible, dadas las circunstancias del moribundo, practicando lo que para estos casos prescribe el Ritual.

Muerte

Su nombre: *eriyotza*.

Existe la creencia de que la maldición (= *eréguia*) de un enemigo puede causar la muerte de una persona. Cuando se cree que uno se halla enfermo por esta causa, llaman al cura para que le lea los Evangelios (= *Ebanjeliyuak eman*). Con esto suponen que la maldición no tendrá más consecuencias.

El caso de quemar una vela con la intención de que al mismo tiempo se *queme* o se *consume* la persona cuya muerte se desea, (pág. 114), lo han oído como practicado en otros pueblos, siempre clandestinamente.

Ocurrida la muerte, la anuncian tocando las campanas de la iglesia. Si la familia del difunto posee abejas, se les comunica la noticia de la defunción, como en Ataun.